

Malinchismo Filosófico y Pensamiento Mexicano

Una categoría es un instrumento abstracto por medio del cual se efectúa una cierta delimitación de la realidad. Gracias a ella queda acotada toda una clase de fenómenos. Por desgracia, no hay un mecanismo puramente formal o enteramente *a priori* para determinar si una categoría fue bien construida, si efectivamente propicia o fomenta el desarrollo del conocimiento, en el ámbito que sea (*i.e.*, en el del mundo natural, en el del mundo social o en el del mundo formal) o si más bien lo enturbia u obstaculiza. En todo caso, el que una categoría sea útil es algo que **se muestra** en los resultados a los que permite llegar, en las teorías o doctrinas que permite elaborar, en las verdades que permite alcanzar. Naturalmente, hay categorías más universales unas que otras, es decir, categorías que, por su carácter fundamental, inevitablemente harán su aparición en cualquier cultura. Me refiero a conceptos como los de espacio, tiempo, causalidad, dios, objeto, persona, color, sonido, amigo, enemigo, etc.,. Por otra parte, empero, hay categorías que podríamos calificar como ‘locales’. Una noción puede efectivamente ser muy útil y, no obstante, ser de aplicación limitada, no rebasar cierto ámbito de realidad. Quizá este sea el sino de las categorías de carácter cultural o social. Independientemente de ello, lo cierto es que, en general, la construcción de una categoría y su ulterior confirmación como un concepto útil representa, por la expansión del conocimiento que fomenta, una aportación cultural mundial.

A mí me parece que en México se han producido conceptos, no muchos, perfectamente originales, conceptos que aunque son de **aplicación** básicamente “local”, de todos modos son de **significación** universal. Por lo pronto, es claro que sin conceptos como estos la historia y la realidad mexicana simplemente no resultarían inteligibles. Ahora bien, no es ni mucho menos mi objetivo en este trabajo intentar elaborar una lista de ellos, jerarquizarlos, efectuar un estudio de su génesis, etc. De hecho, me ocuparé de uno solo, sin pretender reconstruir sus condiciones de gestación y existencia, aunque quizá algo tendremos que decir al respecto. En última instancia, tampoco me interesa determinar si el concepto en cuestión está históricamente justificado. En este sentido, pasa con él lo que puede argumentarse que pasa con el cristianismo y con el personaje de Jesús: podemos comprender y apreciar el mensaje moral del cristianismo, así como su impacto e influencia en la cultura mundial independientemente de la prueba histórica de la existencia de un hombre llamado ‘Jesús’, originario de Nazareth, etc. En general, simplemente se **asume** que un hombre así vivió, pero prácticamente nada cambiaría porque se nos diera inclusive una prueba de su no existencia. El dato histórico de la existencia de Jesús es en el fondo irrelevante para la comprensión del cristianismo.

La categoría mexicana que a mí me interesa considerar es el concepto de malinchismo. Si dicho concepto recoge con fidelidad lo que pasó durante ciertas fases de la conquista española o no es ciertamente interesante pero secundario, por no decir completamente irrelevante, para su comprensión. Ya conformado, lo que es importante es determinar si tiene fuerza explicativa. Asimismo, sería interesante examinar si, por ejemplo, se trata de un concepto exportable. ¿Acaso hay otros pueblos, aparte del mexicano, afectados por la misma maldición, es decir, comprensibles gracias a la aplicación de este primordial concepto? Responder a preguntas como esta es un modo de hacer ver qué grado de universalidad tiene el concepto de malinchismo. Pero aunque ningún otro pueblo fuera medible por medio de este concepto, en la medida en que la comprensión de lo mexicano lo exige y de que puede sostenerse que quien no lo use (implícita o explícitamente) en realidad no comprende del todo a esta nación, el concepto de malinchismo es una aportación conceptual de México: nos ayuda a comprender mejor ciertos fenómenos humanos ubicables con relativa facilidad en el espacio-tiempo. Este concepto pertenece a una reducida clase de nociones que se han elaborado en varias partes del mundo y que se caracterizan, entre otras cosas, por derivarse de nombres de personas. Sería desde luego sumamente interesante examinar las semejanzas y desemejanzas de conceptos extranjeros famosos con nuestro concepto de malinchismo. Me refiero a conceptos como el inglés de boicot y el noruego de quisling. Empero, no ahondaré al respecto.

Nuestro punto de partida es, pues, la aceptación acrítica de que el concepto de malinchismo es un concepto útil. Antes de intentar esclarecerlo y, sobre todo, de usarlo, preguntémonos: ¿por qué es dicho concepto importante? Creo que, permitiéndome aplicar a una nación, esto es, a una colectividad, categorías que son esencialmente individuales, una línea de respuesta es la siguiente: desde su formación, la mexicana es una nación cuyo desarrollo se ha visto frenado o coartado o desviado por el padecimiento de un cierto complejo. Empleo aquí la noción de complejo sin connotaciones peyorativas y de la manera más simple posible, a saber, como un conflicto de tendencias. ¿Qué complejo social tengo, pues, en mente? Es precisamente para responder a esta pregunta que necesitamos el concepto de malinchismo, que ahora pasaremos a considerar.

Para la elucidación y comprensión del concepto de malinchismo me parece que, en lugar de preguntar a secas y en abstracto '¿qué es el malinchismo?', es mucho más orientador preguntar: ¿de quién, bajo qué circunstancias decimos de alguien que es un malinchista? La respuesta es relativamente simple: un malinchista es un mexicano con una marcada preferencia por lo ultra-nacional, por lo extranjero, si no en todos (lo cual sería casi como estar loco) por lo menos en relación con múltiples sectores de la realidad nacional. Esta preferencia global por lo extranjero no es sino una cara de la moneda, ya que la otra la constituye un marcado desprecio, o en el mejor de los casos menosprecio, por los productos nacionales, trátase de lo que se trate:

chocolates, discos, comida, bebida, color de piel, personas, ideas, etc. Pero esto no es todo: la conducta del malinchista no se reduce a una mera e inocua expresión de preferencias, puesto que las preferencias toman cuerpo en acciones, en decisiones. El malinchismo, huelga decirlo, es un mal que tiende a afectar sobre todo a mexicanos de grupos sociales privilegiados económicamente. Por eso en contextos malinchistas el no malinchista es de mal gusto, en tanto que en contextos no malinchistas el malinchista es visto más bien como un entreguista en potencia (o en acto), un virtual traidor, alguien que se desligó de su propia comunidad natural. Esta apreciación no es del todo errada: después de todo, el malinchista es alguien que en el fondo se avergüenza de su condición de mexicano, de la que, por otra parte, no puede escapar. Preguntémosnos ahora: ¿es la categoría “malinchismo” una categoría cognitivamente útil o el resultado de una percepción errónea de la realidad o es más una invención diabólica inventada por otros para atormentarnos? Me temo que la respuesta sólo puede ser un rotundo: sí, la categoría de malinchismo permite efectivamente delinear un aspecto de la realidad psicológica y cultural del mexicano. Negar que, de diversa forma, con variada intensidad según los estratos sociales y las coyunturas históricas, el mexicano (más el de ciertas regiones del país que el de otras y, sobre todo, el de ciertos estratos sociales) está infectado por el virus del malinchismo me parecería más que todo ocioso. Pero si esto es así, recurrir al concepto de malinchismo **tiene** que ser de utilidad en o para la explicación de algunos fenómenos. Dado que el concepto de malinchismo es un concepto de amplio espectro, las tendencias que se le oponen aparecen de mil maneras y en multitud de esferas de la vida nacional. Aquí me voy a limitar a estudiar, veloz y superficialmente, lo que es el malinchismo en el ámbito de lo que pomposamente se llama el ‘pensamiento puro’, es decir, en el contexto de la filosofía. Mi interés aquí es ver cómo mediante el concepto de malinchismo podemos aclararnos fenómenos concernientes a la gestación y difusión de ideas producidas en México. Al hablar de “ideas” me referiré únicamente a ideas (tesis, doctrinas, teorías, etc.) filosóficas.

El malinchismo es un fenómeno complejo y eso hace que rara vez sea detectado, cabalmente comprendido y, sobre todo, neutralizado. Es cierto que, al igual que la presencia de una bacteria de inmediato pone a funcionar al sistema inmunológico de un organismo, el malinchista de inmediato genera una reacción en el ambiente circundante. Más exactamente: el malinchismo, por razones naturales, de inmediato genera la reacción contraria, su antípoda, su opuesto. El problema consiste en que, debido a su complejidad, la corriente contraria a esa gran enfermedad nacional que es el malinchismo reviste formas equívocas, desorientadas, mal encaminadas, cuyos resultados son en general contraproducentes. Esta oposición de tendencias hace surgir entonces fáciles dicotomías. Así, lo que se ha opuesto al malinchismo filosófico, que no sería otra cosa que preponderancia garantizada de antemano a productos extranjeros sobre los nuestros, ha sido el nacionalismo filosófico, entendido de manera más bien burda, por no decir provinciana o parroquial, esto es, como filosofía de lo mexicano. Debería quedar claro, sin embargo, que para la superación del

complejo mencionado anteriormente el dilema “malinchismo-nacionalismo” se tiene que poder superar. Intentaré ahora hacer ver por qué.

¿Cómo toma cuerpo el malinchismo en filosofía? Ello es relativamente fácil de enunciar: en una ominosa, dan ganas de decir ‘procaz’ indiferencia hacia los productos filosóficos nacionales y en la concomitante idolatría (muy a menudo acompañada de genuina incompreensión) de productos filosóficos de otras latitudes. Es menester señalar que, en el caso de la filosofía, tan interesantes e irritantes son el malinchismo como su rival, *i.e.*, el nacionalismo. En efecto, el mexicanista filosófico ha pensado que ser anti o no malinchista es evitar por completo la adopción, la asimilación, el contagio, el empleo de categorías y pensamientos útiles sólo que gestados en otros países y que, por lo tanto, ser no malinchista es renunciar deliberadamente a ellos, pensar en otras categorías, aunque sean más primitivas, y ocuparse de temas estrictamente locales, en el espacio y en el tiempo. Así, al malinchismo filosófico le debemos, en primer lugar, la proliferación de discusiones que, por descontextualizadas, se vuelven inservibles y bizantinas, la difusión de verborrea filosófica vacua, la importación acrítica de temas, la falta de diagnósticos serios de diversos aspectos de la realidad nacional; pero, en segundo lugar, también le debemos la suplantación de la reflexión sobre temas filosóficos genuinos por disquisiciones sobre temas que, a final de cuentas, son (filosóficamente) de poca monta. Así, el malinchismo filosófico no sólo genera males directos, sino también indirectos, pues ha contribuido a la creación de nuevos (pequeños) monstruos de pensamiento. Intentemos aclarar esto último.

He dejado entrever que, en mi opinión, ha sido una desgracia para nosotros el que la lucha contra el malinchismo filosófico haya revestido sobre todo la modalidad de la filosofía de lo mexicano. ¿Por qué ha sido eso una desgracia? Porque se ha transmutado el objeto de investigación propio de la filosofía, esto es, una muy peculiar clase de enredos y dificultades de pensamiento, que surgen con el lenguaje natural, y se le ha hecho recaer sobre ciertos productos culturales, que sólo tienen un interés pasajero y local. La filosofía mexicana, entendida como filosofía de lo mexicano, es decir, como una reflexión sobre la forma de ser del mexicano, el lenguaje del mexicano, las tradiciones culinarias del mexicano, etc., en el fondo equivale a una automutilación de pensamiento: esos objetos de estudio, por interesantes e importantes que sean para nosotros, son demasiado pobres como para convertirse en objetos de investigación filosófica. Como proyecto filosófico, por lo tanto, la filosofía de lo mexicano no sólo estaba *ab initio* destinado a desaparecer con relativa velocidad, es decir, al fracaso (que de hecho fue lo que pasó), sino que de hecho representaba un abandono del genuino qué hacer filosófico. En ese sentido, la filosofía mexicana fue durante mucho tiempo, y como consecuencia de nuestro pecado original, un esfuerzo fallido, un producto abortado.

Nuestra lucha es primordialmente, huelga decirlo, con el malinchismo filosófico y nuestro objetivo es que nuestra lucha sea efectiva. La lucha contra el malinchismo filosófico es, pues, una lucha tanto en contra de sus manifestaciones directas, de las que abiertamente nos des-solidarizamos, como de las indirectas, de cuyo poder hipnótico nos hemos liberado. Pero ¿cómo se lucha con el malinchismo filosófico sin incurrir en los errores del pasado? El ataque debe ser, por razones, aducidas, doble: por una parte, debemos abstenernos de recurrir al fácil expediente de la importación acrítica de problemas, terminología y teorías filosóficas, evitar los abominables procesos de traducción directa y simple a nuestro idioma de problemáticas gestadas en contextos que nos son ajenos y los más detestables aún de mezcolanza de lenguajes (“una teoría del significado para los ‘indexicals’, teorías del ‘know how’ y el ‘know what’, etc.); por la otra, se necesita plantear problemas de pensamiento con los que de hecho nos topamos en México, aquí y ahora. Sin duda alguna, esto requiere un mínimo de aclaración.

Para empezar, es claro que hay productos eidéticos que no porque los compartamos con otros pueblos no deban entonces ser objetos de investigación por parte nuestra. A final de cuentas, los objetos culturales son de todos o, quizá mejor, de quienes se los apropian. Por ejemplo, las diversas ciencias constituyen un medio formidable para la generación de enredos filosóficos y la ciencia mexicana está, mal que bien, integrada a la mundial; es parte de ella. Los contextos científicos, por lo tanto, dan pie al desarrollo de una genuina filosofía mexicana de la ciencia, pueden coadyuvar a ello. Empero, en la medida en que la ciencia es patrimonio universal, la filosofía mexicana de la ciencia no podrá consistir en otra cosa que en las aportaciones que los mexicanos puedan hacer en lo que de hecho es una empresa común. ¿Qué se requiere para enriquecer la filosofía mundial de la ciencia, aparte de una cierta dosis de preparación y de un esfuerzo serio? Que los diversos problemas conceptuales que surgen en las diversas ciencias tal como son practicadas por científicos mexicanos se planteen en nuestro idioma. En la medida en que, como dije, la ciencia en México es una estructura suficientemente sólida, las posibilidades de una genuina filosofía de la ciencia mexicana son en verdad grandes. Por consiguiente, podemos afirmar que hay áreas para el trabajo filosófico técnico que son terreno virgen (o casi) para la reflexión de los filósofos mexicanos. Y lo que vale para las ciencias de la naturaleza vale para las matemáticas, la historia, el arte, la religión, la política, etc.¹

¹ Dicho sea de paso, la ausencia de una filosofía mexicana de la ciencia en parte se debió a que generaciones de filósofos mexicanos se limitaron a ser estudiosos de la filosofía. Ciertamente encontramos entre ellos a buenos conocedores de la historia de la filosofía occidental. Pero si no se hace consistir más que en eso a la investigación filosófica, podemos afirmar que lo único que se lograría sería convertirse en importador de jerga filosófica sin vinculación con la vida, en sus diversas manifestaciones. Por su falta de contacto con el trabajo científico mexicano, cuya realidad por otra parte era innegable, personajes así durante mucho tiempo de hecho cancelaron la potencial filosofía mexicana de la ciencia. Esto, afortunadamente, es algo que empieza a modificarse

La filosofía, entiéndase como se le entienda, tiene por lo menos dos características importantes: primero, está esencialmente ligada al lenguaje, en el sentido amplio de la expresión, es decir, tanto al lenguaje natural como a los diversos lenguajes técnicos (física, teología, música, computación, poesía, etc.) y, segundo, tiene un innegable carácter vital. Lo que quiero decir con esto último es que la existencia de la filosofía no es gratuita, por más que su función sea de difícil aprehensión, no sólo para la gente en general sino inclusive para sus practicantes profesionales. El auténtico filósofo, claro está, es el que, como dije, “se topa” con problemas, no el que pasa de largo ante ellos. Ahora bien, para que logre tal cosa, es decir, para que esté en posición de generar o producir auténtica filosofía, se requiere que sea en su idioma (en este caso, en español) que los plantee. Si no pensó los problemas en su idioma, como sucede las más de las veces con los filósofos malinchistas, no podrá decirnos nada vitalmente importante al respecto. Por su enfermedad, lo más que estará haciendo el filósofo malinchista será, por brillante que sea, importarlos, imponerlos con toda su artificialidad en nuestro medio. Nos informará entonces acerca de lo que dijo éste o lo que sostuvo aquel, pero de lo que nunca nos enteraremos es de lo que él mismo piensa acerca de los problemas involucrados. Podemos, por lo tanto, afirmar *a priori*, que el malinchista es forzosamente un pensador auto-cancelado.

Quizá no esté de más un parangón con otra disciplina. A mí me parece que lo que he dicho para la filosofía vale, *mutatis mutandis*, para otras disciplinas, como por ejemplo la historia. ¿Qué es la historiografía mexicana? ¿Es necesariamente la historia de México contada por mexicanos? ¿No debería más bien ser la historia sin más narrada por investigadores mexicanos? Confieso que nunca he llegado a entender a qué se debe que ningún conacional se haya “topado” con temas y problemas que plantea, por ejemplo, la vida de Napoleón o con la multitud de temas que brotan de acontecimientos tan decisivos como la Segunda Guerra Mundial. Se trata de tópicos interesantes o, mejor dicho, apasionantes. No entiendo por qué si un americano escribe sobre Zapata un mexicano no puede escribir sobre Lincoln o Jefferson. Es evidente que un mexicano puede aprender francés, obtener una beca e investigar en archivos de diversos lugares del mundo y estar entonces en posición de escribir una biografía, por ejemplo, del gran corso, enfocándolo naturalmente desde su propia y natural perspectiva, midiéndolo por medio de sus categorías psicológicas, apelando automáticamente a sus propios criterios y tradiciones de mexicano, trazando comparaciones con situaciones y héroes nacionales que él conoce bien, etc. De seguro que mexicanos podrían escribir estupendos trabajos sobre personalidades o eventos como los mencionados. Me atrevo inclusive a asegurar que trabajos así, obviamente si cumplieran con los requisitos académicos usuales, resultarían inclusive atractivos para franceses, alemanes, etc. No entiendo por qué no hay o no podría haber la interpretación mexicana de Julio Cesar o de Benito Mussolini. Realizar una labor así sería asestar un golpe mortal al malinchismo histórico, ya que es un error inmenso pensar que de lo único de lo que pueden hablar los historiadores mexicanos es de mexicanos.

Lo mismo sucede en filosofía: yo intento ser un practicante del modo wittgensteiniano de hacer filosofía, porque el pensamiento de Wittgenstein me convence, pero creo que en la medida en que lo que trato de aplicar es un método particular de investigación y no meramente repetir tesis, lo que yo hago sólo puede ser calificado de ‘filosofía mexicana’. En lo que sigue intentaré mostrar, a través de un somero tratamiento de algún enigma filosófico concreto, la clase de trabajo que realizo y, por consiguiente, lo que en mi opinión es y puede ser la genuina filosofía mexicana.

Tomemos como idea problemática la de que hay algo así como el “lenguaje del pensamiento”. Muchos filósofos y científicos, en México como en otras partes del mundo, hablan de eso. El lenguaje del pensamiento! Lo menos que podemos decir es que se trata de una expresión sorprendente y, por qué no decirlo, un tanto misteriosa y hasta sugestiva. Tiene, sin embargo, sus inconvenientes. En particular, habría que decir que su significado es todo menos transparente. Por lo tanto, nuestra primera obligación no es divagar sobre su supuesta referencia, como si lo que se dijera por medio de ella fuera algo apromblemático, comprensible de suyo. Tenemos más bien que preguntar: ¿qué se querrá decir con eso? Empero, dado que la expresión tiene algo de raro, la pregunta recién planteada automáticamente nos conduce a esta otra: ¿cómo estarán empleando los filósofos estas palabras? Esta pregunta, sin embargo, es importante pero sólo bajo una condición: que seamos capaces de mostrar que hay alguna especie de contraste entre el uso filosófico de las palabras y su uso **normal**. Obviamente, si dicho contraste efectivamente existe, podemos automáticamente inferir que algo deberá estar mal en el uso filosófico, puesto que se desvía del normal. Ahora bien ¿hay en efecto tal contraste? Yo creo que sí, como intentaré hacerlo ver ahora.

El uso filosófico de palabras como ‘pensamiento’ y ‘pensar’ (y sus derivados) tiene diversos rasgos interesantes. Gracias a él supuestamente se alude a un proceso que:

- a) es interno al sujeto y, por ende, de acceso privilegiado
- b) es de carácter especial o, en jerga filosófica, “mental”
- c) es por completo independiente de su expresión lingüística

Es obvio que, si aceptamos este cuadro, es decir, esta **interpretación** de nuestro concepto de pensar, de inmediato nos veremos con problemas como los siguientes: ¿en qué parte del cuerpo humano se concentra el pensamiento? ¿Hay acaso, como quieren algunos, algún órgano que lo produzca, a la manera como el hígado segrega bilis? Y ¿cómo se podría conectar el pensamiento o, mejor dicho, mi pensamiento, con mi cuerpo, digamos con mi cerebro? Los pensamientos que yo produzco ¿son solamente míos? Y si lo son ¿cómo podríamos comunicárselos a otros y comunicarnos en general? ¿Podría darse el caso de que lo que yo dijera no correspondiera a lo que pienso? Y si ello pudiera pasar una vez ¿podría pasar sistemáticamente?

Es claro que si no tenemos preparadas respuestas para estos que no son más que algunos de los muchos interrogantes provocados por la aparentemente inocente expresión ‘lenguaje del pensamiento’ (y no las tenemos), diversas líneas de investigación empírica se pueden ver seriamente afectadas. Por no tener una representación clara de las reglas de uso de palabras como ‘pensar’ y ‘pensamiento’, neurofisiólogos, psicólogos y psiquiatras se pueden hundir, y de hecho así ha pasado, en infernales confusiones que impiden, entre otras cosas, que ellos mismos comprendan en qué consiste su propia investigación. Tarea del genuino filósofo es ayudarlos a salir del pantano conceptual.

Tenemos, pues, planteado un enredo filosófico de manera tal que cualquier usuario normal del español es, pienso, susceptible de entenderlo. Dificultades como esa son formulables prácticamente en cualquier idioma, pero el mérito de la filosofía viva es el de plantearlos en el que ella misma es practicada. A este respecto, lo peor que se puede hacer es, como ya dije, limitarse a traducir el problema de un lenguaje a otro. En estas condiciones, la función del filósofo mexicano debe consistir en darle al problema una expresión clara, comprensible para o por todos y después, naturalmente, tratar de dar cuenta de dicha dificultad. Siguiendo con la estrategia sugerida más arriba, voy a intentar mostrar que el enigma filosófico, que a todos nos puede seducir, es producto de la incompreensión de algunas reglas elementales de uso de las palabras que, por otra parte, siempre empleamos correctamente. El enigma filosófico simplemente no encaja con lo que nuestro lenguaje indica. Esto requiere, no obstante, una dosis mínima de aclaraciones sobre el lenguaje.

Los objetos pueden ser vistos de muy diverso modo, desde muy diferentes perspectivas. Tomemos el caso de los perros. Un perro puede ser de interés para los biólogos, para los organizadores de concursos de belleza canina, para los que viven de las peleas de perros, para los invidentes, para el ejército, etc. Lo mismo pasa con el lenguaje: se le puede estudiar o ver desde diversos puntos de vista, en función de los objetivos que persigamos. Los gramáticos lo verán de cierta manera, los lógicos de otra, los lingüistas de otra, etc., y los filósofos de otra. ¿Desde qué punto de vista le conviene al filósofo ver al lenguaje? Desde el punto de vista de su conexión con las prácticas, con las actividades. ¿Por qué razón? Porque sólo así contemplado el lenguaje podemos extraer las verdaderas reglas de uso de las palabras, de los signos, y, por consiguiente, aprehender su significado. Con el genuino significado de las palabras en la mano, podemos contrarrestar el enigma filosófico que nos inquietaba. Esta manera de ver al lenguaje nos lleva a visualizarlo no en términos de estructuras formales, sino más bien como un conglomerado de “juegos de lenguaje”. Si adoptamos la primera perspectiva, esto es, la meramente formal, simplemente no estaremos en posición de resolver ningún enredo filosófico. Por eso lo que nos debe interesar son las **aplicaciones** de los signos. Desde luego que cada vez que hablemos estaremos presuponiendo la gramática superficial, puesto que de no acatar sus normas quedaremos *eo ipso* descalificados como hablantes normales. Pero es importante entender que hay, además de la gramatical, otras formas de agrupar o

clasificar las palabras. Intentemos mostrar que ello es efectivamente así, examinando rápidamente el concepto de pensar y sus derivados.

Dijimos que la labor filosófica genuina tiene que fundarse en la consideración de los modos normales de expresarse, ya sea en los contextos usuales o en los técnicos. Para nuestros objetivos, lo que en primer término debemos considerar son locuciones en las que ‘pensar’ y sus derivados son empleados. Veamos rápidamente algunos ejemplos.

Caso 1) Supongamos que un padre y su hijo discuten acaloradamente. Los une, naturalmente, un fuerte sentimiento de afecto, pero el tema les hace “perder la cabeza”. En un momento de la discusión, el hijo increpa a su padre. Decimos: “habló sin pensar lo que estaba diciendo”. Queremos dar a entender que en el fondo él es un buen muchacho, que su forma de expresarse nos sorprendió a todos por inusual, que lo ofuscó la discusión, etc. Es **eso** y no otra cosa lo que **queríamos decir** cuando dijimos que “habló sin pensar”. Lo que en todo caso **no** queremos decir es que él se dijo a sí mismo algo en su lenguaje mental propio, y que luego tradujo mal eso al español. Como puede apreciarse, nada mental, en el sentido filosófico o misterioso de la expresión, aparece en la explicación de la significación de ‘hablar sin pensar’.

Caso 2) Alguien me propone un negocio. éste me parece atractivo, pero tengo dudas. Le digo “déjame pensarlo”. ¿Qué quise decir? Bueno, es relativamente claro: que voy a auto-describirme la situación en diversas ocasiones, desde diferentes puntos de vista y estando en diferentes estados de ánimo, que voy a hacer mis cálculos, que voy a preguntarle a amigos lo que opinan, etc. Es **ese** el significado de mis palabras y no otro. El punto filosóficamente importante del ejemplo es que el pensar presupone el manejo de diversas clases de simbolismos, que obviamente son propiedad común. Hablar de pensamiento sin presuponer algún lenguaje se revela súbitamente como algo incomprensible.

Caso 3) Entramos abruptamente al cubículo o al despacho de un filósofo y lo encontramos recostado en un confortable sofá. Nos dice: “estoy trabajando”. Nos sorprendemos: ¿trabajando?. “Sí, pensando!”. ¿Qué nos puede estar diciendo? Que su atención está fija en algún tema y que en su intento por analizarlo y comprenderlo usa en silencio, *sotto voce*, el lenguaje que todos manejamos. O sea, el proceso en el que está metido tiene como única particularidad la de no ser ruidoso.

¿Qué podemos inferir de estos ejemplos, y de muchos otros que, como estos, podrían ser escudriñados con mayor detenimiento? La respuesta es simple: nada en ellos autoriza a extraer las conclusiones que los filósofos suelen obtener del concepto normal de pensar. Aquí lo interesante es el diagnóstico de las falacias filosóficas. El nuestro es que los filósofos razonaron mal porque se fijaron única y exclusivamente en **un** uso particular de las palabras, en el que más les llamó la atención (en general, el de los usos de verbos “psicológicos” en

primera persona) y tranquilamente se desentendieron de los restantes, sin importarles el hecho de que son igualmente legítimos. Lo que en cambio el examen de los muy variados usos del verbo ‘pensar’ sí revela es que el verbo es empleado cuando está de por medio conducta inteligente, sistemática, intencional, etc., y de conducta así sólo podemos hablar cuando las situaciones quedaron recogidas en el lenguaje, es decir, fueron previamente conceptualizadas. Esta conceptualización, claro está, puede ser más o menos refinada, más o menos primitiva y eso dependerá de qué tan rico sea el sistema de comunicación involucrado. En todo caso, lo que sí estamos autorizados a inferir es que pensar es algo que no se puede desligar del lenguaje y el lenguaje es algo esencialmente público. Por lo tanto, la idea filosófica del pensar como esencialmente un proceso mental, interno y lógicamente independiente del lenguaje es no falsa, sino ininteligible, absurda.

Aunque no me adentraré en el enigma mismo, quisiera decir unas cuantas palabras acerca de otro enredo filosófico que ilustra muy bien, quizá mejor que el anterior, la diferencia entre filosofía importada (y, muy probablemente, sobrevaluada) y pensamiento mexicano. Tengo en mente la cuestión del sentido de la vida. Esta temática es interesante porque hace patente por qué el malinchismo filosófico, el sentirse satisfecho repitiendo y parafraseando lo que eminentes extranjeros dicen, es no sólo insuficiente para permitir el despegue de una filosofía nacional, sino perjudicial porque, al impedir la reflexión propia, de hecho nos roba la problemática misma. En efecto, si un filósofo mexicano (y, en general, de habla hispana) no ha aprendido a pensar en su propio idioma y prefiere cómodamente atenerse a lo que se discute en, digamos, inglés, lo que la persona en cuestión se verá inducida a debatir será la cuestión del **significado** de la vida, puesto que en inglés la temática en cuestión es la de *the meaning of life*. En español, sin embargo, nuestro interrogante es más bien el de **el sentido de la vida**. Es obvio que hay conexiones entre ‘significado’ y ‘sentido’ (si bien no por ello son intercambiables a la manera en que lo son ‘soltero’ y ‘no casado’), por lo que en esa misma medida las discusiones en los distintos idiomas se sobrepondrán y lo que valga en la discusión en un idioma podrá tener su aplicación y su valor a la discusión efectuada en el otro. No es desde luego lógicamente imposible que un filósofo de habla inglesa y uno de habla española, trabajando en sus respectivos idiomas, llegaran a resultados similares o inclusive idénticos. Pero es igualmente claro que hay diferencias que emanan de las diferencias en los modos de hablar, las cuales no podrán hacer su aparición si uno no ha pensado el problema desde dentro de su propio idioma. Esto al malinchista le está vedado, pero como es él quien “piensa” los problemas, lo que entonces logra es escamotearle a la comunidad el tema mismo.

Es menester mencionar un asunto tristemente polémico, conectado con la cuestión que aquí hemos abordado. Debemos decir que la lucha por el surgimiento y el desarrollo de nuestra filosofía es una labor particularmente ingrata. Digo esto porque, debido a este complejo nacional, con quien primero tiene que enfrentarse quien aspira (independientemente ya de que sea capaz de

ello o no) a construir pensamientos propios, a desarrollar una filosofía propia, no meramente importada, es no con colegas extranjeros, sino con colegas nacionales, sobre todo con los investidos de poder académico. Claro está, en eso precisamente consiste el malinchismo. Pero además de las variantes de exultación ante el filósofo extranjero y de abierto menosprecio por el colega nacional, hay otra manifestación de malinchismo que empieza a revestir formas alarmantes. Me refiero a los *desiderata* para las evaluaciones de diversos organismos académicos, como los consejos internos de las dependencias universitarias, el Sistema Nacional de Investigadores o el CONACYT. Considérese, por ejemplo, el caso de las publicaciones. Independientemente de la calidad de, digamos, un artículo, su puntaje variará en función de si fue publicado en el extranjero, queriendo esto decir sobre todo en inglés, o en México. Seamos claros: lo único que no está en juego es el valor del artículo mismo. Por alguna extraña razón, las revistas mexicanas, las editoriales mexicanas, siempre tienen menos valor a los ojos de los jueces académicos mexicanos que las extranjeras! Si alguien (como ha sido mi caso) **deliberadamente** opta por escribir en español, a pesar de poder hacerlo en otros idiomas, esa persona se encontrará automáticamente en desventaja, desde muchos e importantes puntos de vista. Sus productos serán sistemáticamente evaluados como inferiores a los de quien, ya sea por amistades o por las ambiciones propias de todo colonizado cultural, sí logre publicar su trabajo en otro idioma. Así, un artículo en inglés vale más que uno o inclusive que varios libros en español, un libro publicado en inglés vale mucho más que uno o muchos publicado(s) en México, etc. Es así como se perpetúan las maldiciones nacionales y que, quienes luchan contra ellas, no parecen ser a final de cuentas otra cosa que irracionales Sísifos, comprometidos en una lucha perdida de antemano.

He tratado de hacer ver que el concepto de malinchismo es un concepto útil, que inclusive en los sectores más abstractas de la realidad, en la región del pensamiento puro, permite acotar de manera efectiva diversos aspectos de la realidad mexicana. La pregunta que ahora debemos hacernos es entonces la siguiente: ¿es realmente el malinchismo, en filosofía o, más en general, en la cultura nacional, un adversario invencible? Podemos entender por qué y cómo se gestó este sentimiento de autode-gradación y de auto-repudio que desde hace ya varios siglos nos persigue, pero eso no necesariamente nos da la clave para liberarnos de él. A mi modo de ver, el malinchismo no sólo es un obstáculo para el libre desarrollo de las fuerzas contenidas de la nación, sino que también desvirtúa nuestra relación con el resto del mundo, generando una concepción falsa, articulada por medio de fáciles dicotomías. Por ejemplo, la distinción “productos filosóficos importados pero inservibles aquí *versus* productos nacionales pero de alcance limitado y de calidad dudosa” apunta a una falsa alternativa. El malinchismo nos hace ver oposiciones donde no las hay. Desde luego que podemos elaborar productos filosóficos consumibles por otros y es claro, asimismo, que podemos hacer nuestro y utilizar lo que otros produzcan. Yo intuyo que la asimilación correcta de lo producido en otros idiomas puede

lograrse adoptando una actitud abiertamente pragmatista de los productos, en este caso abstractos, es decir, preguntándonos de manera sistemática si dichos productos satisfacen nuestros requerimientos, si son útiles en nuestro contexto y con nuestro trasfondo cultural, no en los de donde fueron elaborados. Eso no debería importarnos. Una pequeña dosis de pragmatismo cínico quizá nos volvería un poco más críticos. Estaríamos entonces en posición de dejar atrás lo que habría sido la tenebrosa etapa del malinchismo y podría esta nación darle al mundo algo de lo mucho que puede dar y cuyo desperdicio rebasa ya los límites de lo fantástico.